

**CLARIBEL ALEGRÍA:  
ÁRBOL DE SUEÑO, SER DE RAÍCES**

**CLARIBEL ALEGRÍA:  
TREE OF DREAMS, BEING OF ROOTS**

VICENTE CERVERA SALINAS  
*Universidad de Murcia*

RESUMEN:

Este artículo se articula en torno a un poemario central en la primera etapa de la producción poética de Claribel Alegría, correspondiente a la obra escrita principalmente en los años setenta. Se trata de *Raíces* (1973-75), poemario que fue publicado por primera vez en la Antología preparada en 1981 por Mario Benedetti en España, *Suma y sigue*, y que el tiempo ha situado como una obra no solamente raigal sino condensadora de las directrices temáticas y de la expresividad estilística de la poeta centroamericana, que muy poco después será consagrada con la obtención del Premio Casa de las Américas, en Cuba, con el poemario *Sobrevivo* (1978), cerrando así la primera fase de una larga trayectoria que se cerrará con la obtención del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana en 2017.

PALABRAS CLAVE:

Claribel Alegría; literatura centroamericana; poesía latinoamericana

ABSTRACT:

This article is structured around a central work in the first stage of Claribel Alegría's poetic production, corresponding to the work written mainly in the seventies.: *Raíces* (1973-75) is a collection of poems that was published for the first time in the Anthology prepared in 1981 by Mario Benedetti in Spain, *Suma y sigue*, and that time has positioned as a work that is not only highly representative of her poetic point of view but also a condenser of the guidelines themes and the stylistic expressiveness of the Central American poet, who very shortly after will be consecrated with the award of the Casa de las Américas Prize, in Cuba, with the collection of poems *Sobrevivo* (1978), thus closing the first phase of a long career that will close with obtaining the Reina Sofía Prize for Ibero-American Poetry in 2017.

KEY WORDS:

Claribel Alegría; central american literature, latin american poetry

El poemario de Claribel Alegría (1924-2018) titulado *Raíces* (1973-75) condensa las claves poéticas de la escritura y de la concepción del mundo, subjetiva y existencialmente hablando, de lo que cabría considerar la primera etapa de la producción de la autora, desde su primigenio *Anillo de silencio* (1948) hasta el poemario *Sobrevivo* (1978) con el que obtuvo el Premio Casa de la América en la modalidad poética en 1978. Cabría postular que este poemario decanta las directrices temáticas y estilísticas de su visión del mundo, suponiendo, como su propio título expresa, un enraizamiento en el presente desde la constancia de su identidad como mujer y como latinoamericana. No es extraño, pues, “reconocer que los poemas de este libro fecundo y esencial en la obra completa de Alegría responden a un proceso creativo particular, mediante el cual el sujeto lírico del libro toma posesión de una realidad de carácter ontológico.” (Cervera, 2021: 115).

Así pues, al comienzo de la década de los setenta, Claribel Alegría comienza a sentirse “instalada en su presente”. Así lo confiesa, sin ambages ni dudas, en el arranque de su poema “Es cerrar esta puerta lo que temo”, con el que inaugura su libro *Raíces*. Escuchémosla:

Aquí estoy  
definitivamente instalada  
en mi presente  
con los gladiolos rojos  
y la jarra de vino  
y el recuerdo fresco  
de tus labios  
no es el miedo a la muerte  
como insistes  
está lejos mi muerte  
no vislumbro su rostro  
ni me importa  
si me reduce a polvo  
quizá sería lo mejor  
un largo sueño  
largo  
en el que vas desintegrándote  
es cerrar esta puerta  
lo que temo  
cerrar esta puerta  
para siempre  
perforar este muro  
y encontrarme de pronto

al otro lado  
sin la jarra de vino  
sin tus labios  
sin los gladiolos rojos.  
(Alegría, 1981: 109).

En relación al tema de la muerte en la poeta, señala Carmelo Spadola: “Recuerdo que cuando tuve el placer de conocer a Claribel Alegría y de entrevistarla en 2012, ella me dijo que cuando era pequeña temía a la muerte, al abandono y al alejamiento de la familia. En cambio, a partir de los últimos años, esperaba a Tánatos serenamente, como si fuera una hermana que la conduciría hasta sus familiares y amigos fallecidos.” (Spadola, 2014: 100). Parece que esa revisión de la muerte propia ya era diferente a la visión infantil en este poema de los años setenta. En él nos encontramos con una situación clave y determinante en su vida. Se define a sí misma como “definitivamente instalada”, y cabe entender el sintagma en el sentido de hallarse presente y firme, como una planta que al final se ubica en el lugar idóneo donde la luz la alimenta y el sol no la calcina. Instalada, pero no inconsciente ni frívolamente ajena a la precariedad de lo real. Su miedo, empero, no es el de su desaparición completa sino el de la disolución de esa idoneidad perfecta que la circunda y nutre. A modo de diálogo sin interlocutor audible, su voz expresa ese exacto temor, ese filosófico recelo ante lo coyuntural y perezoso, ante todo aquello que –siéndolo así– se ha tornado para ella crucial y sustantivo: auténtico y veraz.

Como bien señala Eva Guerrero, durante esta década –la de los setenta– “Claribel reside fuera de Centroamérica, y eso de algún modo hace que se intensifique su posición en relación con la realidad centroamericana, que ya venía haciendo desde *Vía Única* (1965)”. Por ello, los siguientes libros, *Pagaré a cobrar* (1973), *Raíces* (1973-75), *Sobrevivo* (1978), “mantendrán las claves de su poética, acentuándose la realidad centroamericana desde un exilio en el que la tierra resulta un ente sangrante y sus muertos, queridos fantasmas con los que convive a veces de un modo cruento” (Guerrero, 2017: 33). Los “distintos matices” en que esta poética se manifiesta hallan en *Raíces* una modalidad distintiva: la búsqueda con un yo transferido al ámbito de la naturaleza que, a su vez, se muestra todavía anclado a una imagen turbulenta prendida en las simas del pretérito. Ya Julio Cortázar –en una hermosísima carta fechada en junio de 1971 a la que hemos podido acceder gracias a su reproducción en la edición antológica de la poeta realizada por Guerrero con motivo de la concesión del Premio Reina Sofía en 2017– la instaba unos cuantos años antes de escribir *Raíces* a desembarazarse del pasado y arrostrar nuevos caminos donde floreciese un presente nítido y más comprometido con la propia vitalidad de la poesía (En Guerrero, 2017: 36). El escritor argentino fue muy buen amigo de Alegría. Ella lo

recuerda vívidamente en su libro de homenajes, “Mágica tribu”, aludiendo a la visita que Cortázar y Carole Dunlop realizaron a Mallorca en 1979, en unas circunstancias históricas altamente significativas:

Mientras volaban, Somoza Debayle huía hacia Miami. Julio y Carol no se enteraron hasta que llegaron a Mallorca. Celebramos el evento en nuestra terraza en Ca’n Blau (...). Bud anunció que nosotros estábamos dispuestos a irnos a Nicaragua para escribir un libro sobre la Revolución Sandinista, que luego se publicó en México. Julio y Carol se entusiasmaron y dijeron que irían a visitarnos. Así fue. Nosotros llegamos a Nicaragua a fines de septiembre de 79 y ellos en noviembre. Los dos amaron a Nicaragua desde el primer momento. “Fue un amor a primera vista”, nos decía Julio. Nicaragua también los amó a ellos. (Alegría, 2007: 98-99).

Antes del intercambio ideológico y el entusiasmo político, ya Cortázar le había escrito la citada epístola a Claribel tras leer el poemario de la autora *Pagaré a cobrar*, en el que comprende la fuerza que emana de saberse habitante de un paraíso, un paraíso cercado por la ley del tiempo y, lo que es más terrible, de su condición segura de llegar a ser perdido. Y así le espeta: “En todo caso, has escrito otro bello libro, con páginas como [...] “Mi paraíso de Mallorca”, que me hizo pensar en mi propio paraíso de Saignon, donde cotidianamente me asalta la misma mala conciencia y me acechan los mismos fantasmas que a ti” (Cortázar en Guerrero, 2017: 36). De Saignon a Deiá, el cruce poético está atravesado por el signo de lo efímero y por la convicción de que sólo desde el presente es posible encarar el compromiso con la vida. No es extraño que, ya al final de la misma década, en el volumen *Sobrevivo* dedicara la autora un poema complementario a su amigo Julio, así, sin apellidos ni más indicaciones, un breve y sencillo texto donde se resuelve el enigma del ser y sus temores bajo el rotundo título de “Tiempo”:

Le di la vuelta  
a mi pasado  
a mi futuro  
y se encendió de pronto  
mi presente.  
(Alegría, 1981: 152)

Pero ese temor ignoto al carácter ilusorio y falaz de la existencia, a cuanto puede en cualquier momento desaparecer –pues a ello está al fin llamado– se aloja desde muy atrás en su espíritu, manifestándose ya en su primera etapa creativa. Así lo manifiesta en el poema que daba título al libro editado en 1955, *Acuario*, en el que

Mario Benedetti observaba las huellas claras de un “intelecto vigilante” (Benedetti, 1981: 14). “Acuario” es evidente la alusión a ese espacio íntimo y singular donde el sujeto fluye libremente pero donde asimismo siente la rémora de su limitación, la comprensión de su fragilidad, el entendimiento pleno de su incolora estrechez, por más que su extensión le brinde un ámbito de existencia: la de ser un refugio perecedero. Como en el poema de la puerta que teme cerrar (como quien temiera ser expulsado del Edén), aquí también se dirige la voz a un tú cómplice pero tal vez más ignaro en su despreocupación:

Vivir en un acuario es peligroso,  
a los pedruscos agrios  
que arrojan los vecinos,  
a una frase tuya o quizás mía  
que lo empañe  
o lo rompa.

Sólo eso me queda  
para mirar el mundo sin recelo.  
Sólo eso, mi acuario,  
(...) Mi único refugio,  
¿lo comprendes?  
y es tan fácil destruirlo.  
(Alegría, 1981: 27).

Como cabe observar, ambos poemas conectan en ese tono de inquietud ante el entorno, a pesar de hallarse el sujeto seguro en su espacio de confort y supervivencia. Una supervivencia que ella misma reconocerá en otro poema de finales de los setenta –también homónimo al título de la colección: “Sobrevivo”– como modo permanencia en el tiempo entre alegre y alevoso: “Alegrovosamente/ so/ bre/ vi/ vo.” (Alegría, 1981: 161), poema que en posteriores ediciones observó una sutil variación sobre la disposición versal y silábica, transformándose su final en un solo verso sin sílabas partidas: “Sobrevivo./ Alegrovosamente/ sobrevivo.” (Alegría, 2017: 232).

Sin embargo, cabe reconocer entre los dos poemas (el de los años cincuenta y el de los setenta) una insoslayable distinción entre los recelos del ser encerrado en su acuario y el que entona un canto a lo hermoso, aunque perecedero, que teme cerrar la puerta. Si en ambos existe la conexión del miedo, en “Acuario” se trata más bien de un desasosiego relativo a su destrucción, mientras que la mujer de “Es cerrar la puerta lo que temo” se nos muestra portadora también de una seguridad, consistencia o solidez que procede de su grado de radicación. Ya no se percibe a sí misma como

un pez en el limitado acuario que la refugia y, al mismo tiempo, la amenaza, sino como un ser vivo enraizado en el espacio.

Y así ha sucedido: Claribel Alegría ha comenzado a echar raíces en su vida y en sus versos. Y ese acto natural y activo transformará su visión íntima y con ella la visión del mundo entorno. Un ser de tiempo, sí, un ser ahí, como quería Heidegger, “da-sein”, en el flujo del tiempo, desde luego, pero ya no resbaladizo y fugaz como el pez del acuario, sino presente e instalado en su abonado lecho, en su paraíso terrenal. Un paraíso, es verdad, todavía rodeado de fantasmas y de incumplidos pactos con el mundo y con sus sueños. Con esta reflexión evocamos a otro gran poeta americano, que una década antes, en los años sesenta, acrisolaba una impresión pareja donde la presencia de lo hermoso, que es por sí mismo instantáneo y fluido, acapara la atención rotunda y omnívora del presente, más hermoso y loable aún por su condición de finitud. Hablo de Jorge Gaitán Duran, poeta que comparte con Claribel la emoción ante el presente efímero metaforizado en los signos visibles y sensitivos del elemento terrenal, por más que ello implique la convicción de su despedida, pues como quería Rilke, siempre estamos en la actitud del que se aleja y dice adiós sin saborear los dones de lo hermoso y palpable que la presencia de lo vivo nos ofrece. Siempre, por ello, entonamos la elegía, sin atrevernos a mirar de frente –como el bruto, como el ángel– la realidad de lo inmediato. Así lo expresaba en 1960 el colombiano en “La tierra que era mía”:

Únicamente por reunirse con Sofía von Kühn,  
Amante de trece años, Novalis creyó en el otro mundo;  
Mas yo creo en soles, nieves, árboles,  
En la mariposa blanca sobre una rosa roja,  
En la hierba que ondula y en el día que muere,  
Porque solo aquí como un don fugaz puedo abrazarte,  
Al fin como un dios crearme en tus pupilas,  
Porque te pierdo con la tierra que era mía.  
(Gaitán Durán, 1961: 15).

Y es precisamente esa tierra, esa naturaleza terrestre y vegetal, la que se instala a partir de los años setenta en la cosmovisión poética de Claribel Alegría, facultando así una progresiva toma de conciencia con la realidad, donde los temores van encajando en una visión más plácida y al mismo tiempo valiente ante la vida, conforme arraigan en las capas y estratos del suelo las raíces de su existencia. Lo observamos tanto en los títulos como en la sustancia de las composiciones de este libro: “Hoy nací como el día”, “Soy una piel cualquiera”, “Bajo la fría piel de la ballena”, “Raíz-madre” o “Soy raíz”: una raíz que va definiéndose en términos negativos: “cenicienta

raíz”, “mortal raíz”, “venenosa raíz”, “saboreando el maná/ de la desdicha/ de la opacidad/ del pájaro sin alas/ del alba sin centella/ de la noche sin brillo/ de las horas que pasan/ sin presagios” (Alegría, 1981: 110-111). Una oscura raíz que buscase el olvido en el resguardo último del mar, reptando entre sus fragmentos, olfateando esas aguas de la disolución, entre los nombres de Eros y de Tánatos, para hallar así la quietud y la serenidad ajenas al sufrimiento de su turbio crecimiento invisible: “a ciegas/ voy olfateando el mar/ en el que un día/ el olvido me cubra/ la memoria/ y no sienta punzadas/ ni reclamos/ ni miedo/ y sólo sea un giro/ un remolino/ en la tumba de agua/ que me cubra” (112-113). Un olvido, al fin, tan denso como catártico y purificador: una “obliviscencia” donde los afanes de la ansiedad y el miedo se transformen en un movimiento natural y constante, inocente e indoloro.

No es extraño, por ello, que Mario Benedetti estimase que el poemario *Raíces*, todavía inédito en 1981, cuando el poeta uruguayo realizara la importante antología de Claribel Alegría, *Suma y sigue*, en Visor, revelase “la ardua operación (emocional, mnemónica, casi filosófica) de aferrarse a un origen, aunque esta raigambre se parezca a veces a un abismo” (Benedetti, 1981: 15). Por ello, ya consideraba que *Raíces* estuviera tal vez destinado a “ser el más coherente, el más armonioso” de los títulos de Claribel, al tratarse “de una solo y nutricia parábola, y ésta lo recorre y le otorga unidad, concentrada fundamentalmente en un poema tan tierno y tan tenso como «Y soñé que era un árbol»” (15), en el que de nuevo la resistencia, la resiliencia vital, toma posesión de la desposesión continua a que la vida nos destina, viendo caer de manera progresiva las hojas muertas de nuestro árbol corporal y del tronco que sustenta al alma.

Observamos, en efecto, esa cualidad central de *Raíces* en cada uno de sus poemas, si bien el señalado por Benedetti podría ser el más representativo. Así, en “Otoño”, la voz poética se identifica con una “hoja encendida/ que se aferra a su tallo/ que se obstina/ que es párpado amarillo/ y luz de vela/ danza de vida/ y muerte/ claridad suspendida/ en el eterno instante/ del presente” (Alegría, 1981: 110): sentimiento, emoción profunda, metamorfosis raigal que se produce al escuchar la voz de quien le hace sentir que ha entrado al otoño. El cambio sustancial del sujeto (no entrar el otoño sino “al” otoño) ocasiona esa sensación de mutación vegetativa donde el ser se percibe como sustancia plena de la naturaleza no racional, unida plenamente a lo existente más allá de la conciencia divisoria entre el sujeto y el mundo, en un reconocimiento pleno de verdad y de belleza. Esto provoca la ruptura de los dualismos (“danza de vida/ y de muerte”), pero también la transubstanciación en el elemento vegetal, la hoja amarilla que se sabe próxima de desprenderse del tallo y, por eso mismo se aferra a él plena de visión (“párpado amarillo”) y colmada de destino. Y sin embargo se figura como “claridad suspendida”, en el instante crucial donde aún

no ha caído pero es cercano su desprendimiento. Este equilibrio existencial queda de algún modo inmovilizado en el tiempo, eternizado en la imaginación poética, donde se graba como “imago” permanente, plena de tensión por ese cruce de fuerzas naturalezas pero al mismo tiempo fijado en la condición eternal de ese instante metafísico que es, como quería Gaston Bachelard, el propio instante poético. Así, el breve texto se cierra con la imagen nuclear y “viva” de sentirse hoja suspendida “en el eterno instante/ del presente.”

El poema, escueto e intenso, condensa toda la hermosura que late en esos instantes de colmada significación y presencia, en los cuales se produce la tensión de fuerzas opuestas, la lucha entre los vectores esenciales de la existencia, donde el sentimiento poético, la “razón poética” que proclamara María Zambrano, resuelve el conflicto en armonía detenida. En este sentido, la voz de Claribel Alegría cabría vincularse con la de voces axiales de la poética del siglo XX, como las de Rainer Maria Rilke y Paul Celan en Europa, o las de Octavio Paz y José Emilio Pacheco, en Hispanoamérica. Todos ellos expresan en sus versos la contrapartida entre los sentimientos de separación que laten en el corazón de los hombres y la visión unitiva que la Naturaleza ofrece, más allá de los dualismos, y que sólo la poesía, junto a la experiencia mística, es capaz de comprender y de expresar, en los “eternos instantes” del presente que los versos cincelan. Así, el poeta de *Amapola y memoria* supo manifestar en sus versos intensos y punzantes la fuerza gravitatoria de la naturaleza en comunicación visceral, casi siempre dramática y oscura, con el vacío existencial que la visión poética condensa:

La siembra de luz liberada de un soplo  
en los surcos que hay debajo  
de la sangre del mundo.

Una mano con el destello de la luz primigenia  
caza furtivamente al otro lado  
de los diques del helecho.

Como si todavía  
hubiese algún vientre con hambre,  
como si todavía aleteara  
algún ojo  
aún por fecundar.  
(Celan, 1990: 167).

Las raíces familiares y culturales, por un lado, y las raíces existenciales y propias, al mismo tiempo. La sumersión raigal implica fortaleza, decisión, coraje,

brío, solidez, peso y equilibrio frente a los vientos y mudanzas, frente a los pasajes externos, frente al temblor de sentir que tambalea y se deshace el paraíso que atesora. Todo ello se manifiesta de manera nítida y terrible en el poema con que se cierra la colección, el titulado “Los sueños no saben dónde huir”. En él el motivo de la raíz natural se paraboliza con el de los sueños profundos, hondos y abisales, aquellos que voltean constantes y turbios en los socavones, las grietas y las hondonadas de nuestra psique. Allí se sumerge la mirada poética, observándolos y viendo como se muerden la cola, sin saber dónde ir, en la sumersión total, valerosa y órfica que propone Claribel Alegría. Como si de una visión psicoanalítica se tratase, el sujeto poético ve su imagen onírica, su ser de soñadora, como un entramado de raíces en el abismo del ser, identificando ese espacio singular como “un cielo a la inversa”, como una trampa que incluso fuese el propio “infierno”, visto como un “gran pozo de muros transparentes” donde giran perezosos y ponzoñosos los sueños, destinados a girar, como la “esfera del amor terrestre” de la que hablaba César Vallejo en el poema LXV de *Trilce*, dando “vuelta y vuelta sin parar segundo” (Vallejo, 1991: 277). Pero la mirada no sólo se aterra en su contemplación sino que también se reconoce. Y ahí está su fortaleza y también su virtud, pues al mostrarse en el espejo de su mirada, es capaz de identificar el movimiento estéril de su ser, de su ser de raíces, en la angustia de estos estériles sueños desorientados, aguas movedizas y embarradas de la experiencia vital. Y es esa visión la que activa la anagnórisis y, con ella, la posibilidad de cerrar para siempre esa puerta enraizada del dolor, aunque en el poema sólo seamos capaces de percibir la potencia cruel de la burla reflejada, en esos versos cortos y punzantes con que Claribel Alegría cartografiaba las raíces de su alma:

Fosforece el abismo  
me deslumbra  
se aleja  
es un cielo al inverso  
una trampa  
el infierno  
un gran pozo de muros transparentes  
donde el tiempo da vueltas  
mordiéndose la cola  
y los sueños no saben  
donde huir  
y hay ráfagas de humo  
que desvelan  
que cubren

y soles innombrables  
y osarios  
y abajo estás tú  
con el secreto  
te contemplo de arriba  
agazapada  
abres el puño  
y vuelves a cerrarlo  
y tu rostro es de burla  
y es el mío.  
(Alegría, 1981: 127-128).

## Bibliografía

- Alegría, Claribel (1981). *Suma y sigue*. Madrid, Visor. Introducción y selección de Mario Benedetti.
- Alegría, Claribel (2007). *Mágica tribu*. Córdoba, Berenice.
- Alegría, Claribel (2015). *Pasos inciertos. Antología personal*. Managua, Gato Negro.
- Alegría, Claribel (2017). *Aunque dure un instante*. Salamanca-Madrid, Ediciones Universidad-Patrimonio Nacional. Introducción y edición de Eva Guerrero Guerrero. Selección de Claribel Alegría y Eva Guerrero.
- Benedetti, Mario (1981). “Prólogo” a Claribel Alegría: *Suma y sigue*. Madrid, Visor, 9-16.
- Celan, Paul (1990). *Hebras de sol*. Traducción de Ela María Fernández-Palacios y Jaime Siles. Madrid, Visor.
- Cervera Salinas, Vicente (2021). “Claribel Alegría: la poética enraizada de una fundadora”. En Milena Rodríguez Gutiérrez (ed.). *Poetas hispanoamericanas contemporáneas*. Berlín, De Gruyter, 115-128.
- Gaitán Durán, Jorge (1961). *Si mañana despierto*. Bogotá, Mito.
- Guerrero Guerrero, Eva (2017). “La poética de Claribel Alegría: «A pesar de todo surge el canto»”. En Claribel Alegría (2017). *Aunque dure un instante*. Selección de Claribel Alegría y Eva Guerrero Guerrero. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 6-77.
- Spadola, Carmelo Andrea (2014). “Literatura y visión tanatológica. Claribel Alegría y el diálogo de los muertos”. *Centroamericana*, 24.1, 91-102.
- Vallejo, César (1991). *Trilce*. Edición de Julio Ortega. Madrid, Cátedra.